

## LA REALIDAD TUNECINA EN LA EVOLUCION DEL MAGREB

Una de las características más frecuentes de la actualidad internacional, cuando ésta se refiere a cualquier sector de los diversos países y territorios que integran el conjunto de los Estados de idioma árabe, es el descuido de ocuparse de ellos atendiendo principalmente a las peculiaridades de cada uno; ya sea respecto a su carácter nacional interno, o en relación con las distintas regiones geográfico-históricas naturales en las que están enclavados y arraigados. A este descuido se unen otros dos errores marginales que suelen proceder de falsos enfoques en la información. Generalmente lo circunstancial oculta lo fundamental. Unas veces por la tendencia que los referidos países afiliados al arabismo sólo ocupan amplios espacios en la prensa, cuando ocurren episodios dramáticos de guerra, guerrillas, golpes de Estado, cambios de regímenes y otros hechos sensacionalistas. El segundo gran error de enfoque consiste en que los temas políticos de dichos países, incluidos en el Cercano Oriente o en la usualmente denominada Africa del Norte, se cometen en vista de las presiones e influencias que sobre ellos ejercen las grandes potencias mundiales. Así quedan soslayados, y a veces totalmente olvidados, los aspectos vitales genuinos de los países y los pueblos arabizados.

En el caso de Túnez o Tunicia, las paradojas informativas resaltan especialmente cuando se tiene en cuenta que dicho país mediterráneo desempeña un papel de encrucijada y eje en un sentido geopolítico amplísimo. Ante todo Túnez es un punto central del clásico mar interior; papel que comparte con la península italiana (desde los siglos de Roma y Cartago). Luego es una fachada vuelta cara al Cercano Oriente, de todo el núcleo fundamental de las tierras que en árabe se llaman «Magrób» o «Maghreb»; y que en la Edad Media tenían su cabecera en la parte islamizada de la Península Ibérica, aunque ahora sus usos se han reducido a los países unidos por los sistemas montuosos del Atlas (además de las prolongaciones

por Libia y Mauritania). Y un tercer factor del emplazamiento físico de Túnez, es comenzar allí la línea más corta de posible acceso directo entre Europa del Oeste y Africa tropical.

Respecto a los antecedentes históricos más modernos, son fundamentales los datos de que Túnez haya sido el país precursor y adelantado de muchas de las más importantes reformas y evoluciones en los dos conjuntos entrelazados del arabismo y el Islam. A este respecto siempre se cita el antecedente de que en el año 1857 el Bey o Virrey de Tunicia (que de hecho actuaba casi como un príncipe reinante) concediese a los tunecinos un «pacto fundamental», o carta legal otorgada. A ello siguió en 1861 el texto de una Constitución (en árabe: *Destur*). Fue la primera creada en un país musulmán, aunque no se pudiese aplicar del todo porque intervinieron presiones extranjeras. El año 1881 Túnez quedó sometido a una forzosa tutela francesa. Pero los intelectuales tunecinos siguieron manifestando diversas iniciativas, que poco a poco fueron sirviendo de ejemplos y estímulos a los otros países de formaciones arábigas; o sea hacia el Este o hacia el Oeste.

El año 1905 surgieron en Túnez dos movimientos reformistas simultáneos, que respectivamente pedían reformas liberales en los dos sentidos político y religioso. En 1907 ambos se unieron en un llamado «Partido tunecino» que fue el primero creado en Africa del Norte, y pedía que Francia devolviese la mayor parte del poder al bey de Túnez y su cuadro de autoridades tradicionales. Después de la primera guerra mundial, en 1920 todos los intelectuales y notables de Tunicia se fundieron cuando el partido de la Constitución (llamado en árabe *Destur*) que ya no era sólo beylical sino nacional y nacionalista, pidiendo que el protectorado lo rigiese una Asamblea mixta con tunecinos y franceses. Aquel programa fracasó, no sólo por la oposición de los órganos coloniales de la Residencia General francesa sino porque lo dirigían los grupos de «notables» sin muchos contactos con las masas, hasta que en marzo de 1934 se produjo la gran sacudida.

Entonces fue cuando en una pequeña población de la costa marítima llamada *Qasar Hilal* («Alcázar de la media luna») se reunieron en Asamblea los dirigentes de todos los grupos juveniles del país; los cuales decidieron abandonar a los pausados jefes del *Destur* primitivo y crearon una nueva gran organización nacionalista extendida a todas las clases sociales, y llamada «Neodestur». La principal figura del Neodestur fue desde el primer momento la de su secretario general, el joven abogado Habib Burguiba.

El primer efecto profundo del auge rápido tomado por el Neodestur fue

en septiembre el encarcelamiento de Burguiba y varios compañeros. En 1936, Burguiba puesto en libertad comenzó a negociar en París con los gobernantes franceses. La segunda guerra mundial dejó a Tunicia en manos del gobierno de Vichy, pero siguió una gran confusión que llegó hasta el encuentro y choque dentro de suelo tunecino de las tropas del Eje que se replegaban desde El Alamein y los anglosajones que habían desembarcado en Argel. Posteriormente Tunicia pasó a la Francia de De Gaulle, iniciándose un período más confuso de múltiples cambios internos, hasta que el 20 de marzo de 1956 reconoció París la independencia de Túnez; el 25 se eligió la Asamblea Constituyente. Habib Burguiba quedó encargado de organizar el régimen el 25 de julio de 1957. Y el 1 de junio de 1959 al proclamarse por fin la tanto tiempo anhelada Constitución desturiana, fue nombrado Burguiba jefe del Estado. A la vez que ensalzado con el apelativo de «Combatiente Supremo».

Ahora precisamente, el corriente 1974 está siendo un momento clave de revisión de la nación tunecina moderna, y determinación de todos sus factores internacionales peculiares. No sólo porque simbólicamente se exalte allí la fecha redonda de los años transcurridos desde el congreso de Qasar Hilal. También porque Túnez sigue imponiendo su carácter de «tierra de serenidad». En contraste con otros países arábigos mayores y más ricos, pero con unas evoluciones más cargadas y confusas.

Un antecedente significativo fue el de las reformas predominantes de los procedimientos que los tunecinos utilizaron para librarse de la ocupación francesa. Su lucha nunca tuvo formas xenófobas ni necesidad de levantamientos violentos. El estilo y los procedimientos siguen desde 1934 la línea continua de lo que luego fue llamado «burguibismo»; y que consistió en una evolución nacionalista elaborada mediante una cuidadosa acción reflexiva, Burguiba y sus lugartenientes fueron aprovechando todas las oportunidades que se les presentaban para sus planes liberadores por pequeñas que parecieran. Así fueron marchando con un estilo de aparente zigzag; entre etapas de avance visibles y pausas de forzosos retrocesos.

Fuera de las fronteras tunecinas de lo que entonces y por debajo de la circunstancia (legalmente provisional) del protectorado que Francia había implantado desde la convención de la Marsa en junio de 1883 desde el principado de origen turco, denominado «la Regencia Beylical», las acciones tunecinas de patriotismo y modernización, iban influyendo sobre el resto de los territorios conocidos como «Magrèb» en el Africa del Noroeste.

Todo lo que los tunecinos comenzaron por inventar o crear en las referidas acciones, fue mucho después influyendo sobre las cosas análogas hechas por los núcleos juveniles de vanguardia, en Marruecos, en Argelia y algo menos en Libia.

Aparte del nacionalismo político, los tunecinos han sido en lo que los franceses han llamado *Afrique du Nord* quienes iniciaron los movimientos sindicales localistas; el despertar de la emancipación femenina; la modernización regional de la enseñanza del idioma árabe; la recuperación rural; los sectores de autogestión, y otras reformas menores. Después ha habido varios factores (especialmente los culturales) en los cuales en otras ciudades, tales como Rabat, Fez, Tetuán, Argel, Tremecen, y las andaluzas Córdoba y Granada, se han celebrado congresos en que los contenidos históricos, geográficos, espirituales, literarios, folklóricos, etc., del «magrebismo» han sido recordados, analizados y exaltados. Entendiendo las palabras «Magrèb» y «Magrebismo» en el sentido más amplio que tuvieron durante los siglos medievales. O sea el que tenía cuando las cabeceras cerebrales de todo el referido «Magrèb» estaban en la parte arabizada de España que se llamó «Al Andalus».

En un sector muy estricto puede decirse que la Península Ibérica por arriba, y la península marroquí-argelina-tunecina que unen ramales de las cordilleras del sistema del Atlas, justificaron en lo medieval su papel de pequeño mundo físico doble, que está puesto entre lo europeo occidental por arriba, y lo africano continental por abajo, sin ser del todo ni lo uno ni lo otro. El sentido de la relación vital entre los dos lados del norte y el sur del Estrecho de Gibraltar, se subrayó (en lenguaje castellano popular o coloquial) por el uso común de la palabra «moro» para designar especialmente a los habitantes de España y el Norte de Africa. En cambio a los habitantes musulmanes de todo el Cercano Oriente o «Charq» que incluye desde Egipto hasta el Afganistán, correspondía el otro nombre de «sarracenos» (igual a «Charraquín»: gentes del Charq).

No hay que olvidar que durante las primeras etapas de la arabización e islamización de los países y territorios situados hacia el Occidente éstos tuvieron dos cabeceras administrativas y culturales simultáneas; en tiempo de los emiratos regionales que dependían del Jalifato de Damasco. Fueron la tunecina Cairuán (fundada como nueva cabecera regional de la que había sido «Africa» romana), y la hispana Córdoba, antigua cabecera imperial de la Bética. Con el jalifato cordobés independiente de Abderrahmán III que

irradió por las tierras que hoy llamaríamos «marroquíes» y «argelinas», la cabecera de todo el «Magreb» máximo se quedó en el sur de España exclusivamente. Y después de que la Córdoba Omeya fue continuada por la Sevilla de los almohades, un hecho capital fue que cuando Sevilla fue ocupada por Fernando III la emigración a Túnez de una gran parte de los vecinos sevillanos fue la que dio su forma urbana y su auge intelectual a la ciudad de Túnez; capital desde entonces de un reino andaluz emigrado independiente. Precisamente aquella Túnez donde nació el sabio tunecino de origen sevillano Abderrahmán Ibn Jaldún, precursor de la ciencia de la Sociología.

En 1610, y siendo Tunicia la sede de un Virreinato autónomo del Imperio-Jalifato turco, aquel fue el sitio donde emigraron en masa la mayor parte de los moriscos que tuvieron que dejar la España de los Austrias, en tiempo de Felipe III. Ellos no sólo aportaron a Tunicia casi todo lo que en España quedaba de la gran civilización hispana de expresión árabe. También añadieron parte del tesoro intelectual del Siglo de Oro; puesto que aquellos moriscos ya casi sólo hablaban el lenguaje de Cervantes y de Lope de Vega. Hasta el punto de que el castellano siguió usándose en las ciudades tunecinas hasta comienzos del pasado siglo XIX.

Toda esta divagación histórica, conserva motivos de interés directo, al referirse a las contemporáneas actividades tunecinas, respecto a lo «magrebí», lo interarábigo, y lo internacional. Como Túnez recogió la mayor parte de los factores psicológicos y técnicos que habían dado lugar a que en Andalucía y las orillas contiguas por el Sur, surgiese el «magrebismo» conceptual (como peculiar forma de agrupación territorial unas veces, y forma de expresar el «arabismo» intelectual en otras ocasiones), es natural la tendencia a que en el actual siglo XX Túnez resulte un centro nervioso o un punto magnético respecto al actual «magrebismo menor». O sea el que estrictamente va por las orillas mediterráneas meridionales, entre Tánger y Bengasi.

La fecha capital y el punto de arranque común de la simultaneidad de dicho «magrebismo menor» fue la de todo el año 1930. Entonces Túnez, Argelia y la mayor parte de Marruecos se encontraban igualmente bajo ocupación y acción colonial francesa; aunque variasen las formas legales oficiales de las acciones ejercidas desde París, Argelia, desde la conquista armada iniciada en 1830 era considerada como un grupo de departamentos franceses. Tunicia con la supervivencia de su estructura jurídico-estatal de los Beys, estaba puesta bajo una especie de administración francesa única y forzosa,

pero no necesariamente permanente. En cuanto a Marruecos, la acción de Francia era un predominio de hegemonía y de poder; pero dentro de un contexto internacional en el cual tenían parte directa España y Gran Bretaña (aparte de otras proyecciones parciales de Italia, Bélgica, etc.). En 1930 los dirigentes de los sectores franceses colonialistas quisieron unificar y concentrar sus posesiones en los tres territorios magrebíes apretándolos dentro de un solo cerco de dominación más coordinada. Pero aquello provocó una reacción entre las juventudes modernizadas de Tunicia, Argelia y Marruecos, que sintiéndose igualmente presionadas comenzaron a pensar en actuar coordinadamente.

En Argelia, el año 1930, fue oficialmente conmemorado con pompa el centenario de la conquista, acompañado por actos de menosprecio hacia los descendientes de los conquistadores. En Marruecos fue la sacudida de la promulgación del llamado «Dahír beréber»; es decir un decreto por el cual se intentaba sustraer a la jurisdicción legal sultaniana del protectorado, y poner bajo un control francés exclusivo, casi a la mitad de la población rural del país. Y en Tunicia tuvo lugar cierto congreso local (oficioso y confesional) al cual se atribuyó el propósito de atacar la religión islámica nacional... Políticamente las sacudidas de protesta se extendieron a la vez; sobre todo entre los grupos juveniles estudiantiles de Argel y Constantina, de Fez y Rabat-Salé, de Túnez y el Sahel tunecino.

Posteriormente a las protestas de carácter político, el titulado «Congreso de la Lengua Arabe en el Magrób», que se celebró en la capital tunecina el mes de diciembre de 1931, constituyó un acontecimiento de diversas repercusiones en los años que siguieron, pues fue el modelo para diversos centros de enseñanza libre para alumnos musulmanes magrebíes, que sucesivamente surgieron en la misma Tunicia. Y más en Argelia donde impulsaron el movimiento de la «Ulema reformadores» del estatuto cheránico y la instrucción musulmana.

La primera gran realización de tipo político general norteafricano fue en julio de 1932, el comienzo de la publicación en París de una revista titulada «Maghreb», la cual llegaría poco a poco a ser el órgano común de expresión de las teorías y aspiraciones de los jóvenes nacionalistas en Marruecos, Túnez y Argelia. En la portada de aquella revista figuraban varios nombres de políticos e intelectuales franceses, y algún español; todos de tendencias legalistas anticoloniales. En realidad la revista había nacido en el ambiente de la federación de estudiantes norteafricanos en París. La personalidad que

efectivamente dirigía todo aquello era un famoso líder juvenil marroquí, o sea Ahmed Balafrex. Pero algunos de sus miembros tunecinos figuraron entre los promotores del movimiento que dio origen al Neodestur. Y ha de destacarse después de la revista juvenil norteafricana general de París, que el primer diario nacionalista en tierra magrebí fue *L'Action tunisienne*, dirigida por el joven abogado Habib Burguiba. Con el programa siguiente «*Liberation totale de la patrie, affirmation categorique de la personnalité tunisienne et de la souveraineté nationale*».

La publicación de aquel diario ocasionó la llegada a Tunicia de un nuevo Residente General francés, para emplear una manera fuerte. Y después una blanda sumisión temerosa de los notables del viejo Destur. Así los jóvenes decidieron actuar directamente.

Entonces surgió de pronto la fecha histórica del 2 de marzo de 1934, con el Congreso de Qasar Hilal, cuando los jóvenes fundaron el Neodestur presidido por una figura simbólica (el Dr. Mahmud Matiri) pero cuya acción era dirigida por Habib Burguiba, llevando a Tahar Sfar como adjunto. Aquel nacionalismo tunecino no actuó por medio de los cuadros «oficiales» beylicales, sino dirigiéndose totalmente a los poderes franceses en Túnez y París en nombre de todo el pueblo tunecino. Aunque su acción no pudo entonces desarrollarse totalmente por culpa de la segunda guerra mundial, con cruces de tropas alemanas, italianas, norteamericanas, francesas degaullistas, etc. La recuperación francesa aumentó la confusión, por lo cual Burguiba en la primavera de 1945 decidió irse a Egipto para dirigir desde allí la acción independentista. El hecho fundamental fue que desde El Cairo Burguiba no sólo reorganizó y amplió los cuadros del Neodestur, sino que fundó y dirigió personalmente la denominada «Oficina del Magrób Árabe». Aquella oficina funcionó continuamente y con intensidad desde marzo de 1945 hasta agosto de 1949. Como órgano ejecutivo de dicha oficina actuaba el Comité de Liberación del Magrób, con el programa de impulsar coordinadamente la independencia de los cuatro países magrebíes-norteafricanos: Túnez, Marruecos, Argelia y Libia. Las dos entidades coordinadas que presidió Burguiba fueron de hecho la primera organización efectiva con un sentido de conjunto referido a los países de los sistemas del Atlas. En ella hubo otras figuras de tan gran prestigio como Al-lal El Fasi, jefe del partido nacionalista marroquí del Istiqlal.

Burguiba regresó a Tunicia en septiembre de 1949, en un tiempo en que se apuntaba la concesión por Francia de una «autonomía interna» como

etapa hacia la independencia. Aquella posibilidad fracasó, Burguiba fue detenido y encarcelado por tercera vez, y poco a poco se inició una resistencia armada que en 1953 alcanzó su apogeo con las guerrillas de los combatientes rurales llamados «*fel-laghas*». En realidad dichos guerrilleros fueron el primer caso de acción armada para la independencia de las zonas magrebíes de ocupación francesa. Y el primer antecedente del comienzo de la revolución argelina en noviembre de 1954.

Después de que en los años posteriores hubo una gran profusión de episodios sueltos que no cabe recordar, se llegó a las independencias norteafricanas, en estrecha relación (aparte la de Libia, que llegó retardada y con diferentes causas). De todos modos, desde 1958 se puso de moda el empeño de que Marruecos, Argelia y Tunicia se organizaran y actuaran a la vez. Las principales fechas de tal programa fueron las siguientes:

En abril de 1958 fue la Conferencia de Tánger a la cual acudieron casi en masa los dirigentes nacionalistas que entonces predominaban. O sea el Istiqlal marroquí, el Neodestur tunecino, y el FLN argelino. Todo era entonces entusiasmo, y se dijo que «jamás los pueblos magrebíes estuvieron tan saturados de esperanzas». Pero en junio del mismo 1958 fue bruscamente suspendida otra conferencia que debió haberse celebrado en Túnez, a escala de los tres sectores gobernantes (porque éstos se encontraron indecisos). En 1964 hubo en Túnez una reunión planificadora de los tres ministros de Economía, a los cuales se agregó el de Libia. En enero de 1969 fue firmado en Fez un tratado argelino-marroquí en el cual se decía que la cooperación de ambos países estaba puesta al servicio del ideal de unión del Magreb entero. Algo parecido se apuntó en otro acuerdo tunecino-argelino de enero de 1970.

En mayo de 1969 hubo en Rabat una reunión de los cuatro ministros de Economía, para coordinar sus desarrollos. En junio de 1969, también en Rabat, otra de ministros de Educación. Pero en septiembre 1969 después de que en Libia fue derribado el régimen del rey Idris, el coronel Gadafi separó su país del resto del Magreb, firmando con el presidente egipcio Abdel Nasser el «pacto de Trípoli» (en diciembre del mismo año) para juntar a Libia con Egipto y Sudán. Aunque aquel proyecto variase cuando en abril de 1971 se proclamó en El Cairo la «Unión de Repúblicas Arabes con Egipto, Siria y Libia».

La vuelta de espaldas de Gadafi y sus colaboradores al resto del Magreb se confirmó cuando en marzo de 1970 Libia se negó a asistir a una conferen-



cia económica preparada en Tánger. Los otros tres países decidieron entonces seguir actuando por su coordinación, dejando a Libia a un lado (aunque no excluyendo su posible retorno). Así la aspiración del «Gran Magrèb» fue repetida (en enero 1972) en una reunión de ministros del Exterior en Argel (en la cual Mauritania sustituyó a Libia). En octubre, Marruecos, Argelia y Túnez formaron un consorcio comercial para la promoción de sus productos. En abril del mismo año, una conversación de Burguiba con Bumedíán celebrada en Túnez, reafirmó las esperanzas alrededor de los dos jefes de Estado tunecino y argelino, hacia un «comienzo regional» del «Gran Magrèb ideal».

En cambio fracasó casi apenas anunciado el acuerdo que Burguiba y Gadafi establecieron el 12 de enero, del actual 1974, en la isla de Yerba, por iniciativa e impulso del entonces ministro tunecino de Asuntos Exteriores, Mohammed Masmudi. Se trataba de fusionar a Túnez con Libia en una sola república regional, pero nada se hizo por varios fallos de concepción, de la cual se culpó luego a Masmudi, que fue destituido y acusado de haber engañado al jefe del Estado tunecino. De todos modos Burguiba (que personalmente tiene orígenes familiares libios) no llegó a admitir que la fusión tunecino-libia hubiese sido más que un primer paso para federarse en una etapa posterior con Argelia, Marruecos y acaso Mauritania.

Realmente lo más característico de Habib Burguiba respecto a la personalidad global y al cometido de los países de «Africa del Norte» (que mejor puede llamarse «Africa del Noroeste») no sólo se refiere a todo lo que hace que los referidos países del sistema del Atlas se parezcan entre sí tanto como se diferencian de los de otros países del llamado «mundo árabe» que comprenden desde Egipto hasta el Omán inclusive. Los países del Magrèb no sólo tienen en común muchas peculiaridades de suelos físicos; orígenes humanos berberiscos; horizontes económicos coordinados; formas coloquiales de lenguaje; restos de unas trayectorias medievales especiales, etc. También les ocurre que en el Magrèb los enfoques mediterráneos son distintos de los del Próximo Oriente. Así el noroeste de Africa es de hecho «la orilla sur» de toda Europa Occidental.

Respecto a España el hecho capital es el que entre los años 710 y 1610 la Península Ibérica no sólo fue considerada tan magrebí como la península berberisca, sino que en muchos aspectos estuvo precisamente en territorio español la cabecera común, y hoy todavía tienen orígenes «andaluces» y moriscos los usos y las artes tradicionales de la vida norteafricana urbana. En cuan-

to a los siglos XIX y XX es evidente que la modernización argelina, tunecina y gran parte de la marroquí se ha hecho en lengua francesa; y hoy el francés es el idioma extranjero más enseñado y utilizado en África del Noroeste mientras que el inglés lo es desde Egipto y Arabia hacia el Este. Y existen (hacia el lado italiano) otros hechos geográficos de gran valor. El de que Sicilia es tierra mixta por sus suelos entre italianos y tunecinos. Mientras que en Malta el idioma nacional de los malteses es un dialecto árabe de cuño occidental.

Oficialmente la principal línea directriz del momento político en la Tunicia de Burguiba, se expone a veces diciendo que se trata de aferrarse a las posibilidades que ofrece el hecho de que la Europa del Mercado Común se encuentra sólo a unos cientos de kilómetros de Tunicia, la cual constituye un punto de atracción general para las inversiones, los turistas y los mercados de la CEE. Y no es que Tunicia renuncie a sus actividades dentro del total de los Estados árabes que se agrupan en la Liga de El Cairo, sino que se considera como un país mediador excepcional válido entre los europeos del Oeste y los pueblos árabes del Este.

Entre tanto los gobernantes de Túnez procuran consagrar la mayor parte de las energías y los recursos a una tarea de construcciones y reconstrucciones, cuyos ritmos pacíficos contrastan con los fondos de inquietudes que perduran más allá del Canal de Suez. Casi todas las reformas tunecinas internas se han puesto bajo la divisa de «dar preferencia a la promoción humana». Los problemas más esenciales son, en este sentido, los de coordinar el crecimiento demográfico y dotar de los mejores medios de vida a los pueblos y las ciudades provinciales, a fin de contener el éxodo de población a las grandes urbes. En provincias, crear zonas de turismo, sectores de nuevos regadíos, fábricas transformadoras de los productos comarcales. Manteniendo intacto el número de los agricultores, y esparciendo los sectores fabriles, se espera mantener en estado razonable la situación de los sectores del trabajo.

En cuanto al plan quinquenal tunecino ahora en curso, 1973-1976, está concentrado en elevar los niveles de vida y conceder las mayores facilidades a las iniciativas privadas.

En el tiempo actual, lo mismo que en los actos de libre determinación empeñada que se iniciaron en Qasar Hilal desde 1934, las mejores perspectivas tunecinas de una seguridad en lo continuo de su desarrollo siguen consistiendo en el llamado «burguibismo». En el sistema que el formador de

Tunisia contemporánea inició enseñando a ir orientando las acciones a medida de las posibilidades; a no querer de un golpe todo lo que puede desearse sino a irlo desarrollando escalonadamente. Y a que si el nacionalismo tunecino obra por sí, para los otros magrebíes, para el mundo árabe y los amigos de Europa, no lo haga encerrándose dentro de sí mismo sino «viviendo al ritmo del mundo», según dijo una vez Bourguiba en Sfax. O sea sirviendo Túnez como encrucijada —nexo y factor pacifista entre todos los otros países que con Túnez se relacionan.

RODOLFO GIL BENUMEYA